

Luis Rius: algunos recuerdos inolvidables, solamente

Alicia Correa Pérez

Lo que nos conmueve de un poema es percibir mediante él una emoción que históricamente pertenece al pasado, en plena vigencia, cálida, todavía palpitante, tal como el corazón del sacrificado late aún en la mano del sacerdote que lo alza al sol. En esa extraordinaria sensación se halla contenido el misterio de la comunicación poética. Al producirse ésta, sentimos realizado el formidable imposible de permanecer lo que de suyo es inestable, de eternizar lo que es fugaz. La alta tensión afectiva que determinó en el poeta la creación del poema nos es transmitida por éste con idéntica intensidad, merced a la potencia de las vibraciones que suscitan sus palabras pulsadas por nuestro espíritu.

Se trata, en fin, del contacto vivo de un sentimiento que, realizado en el pretérito, subsiste en el presente, no como recuerdo, esto es, no como pretérito perfecto, sino como “pretérito presente”.

Y ese contacto vivo será, a la par, múltiple y único; múltiple, pues se actualizará en cuantos lectores sensibles existan y cuantas veces el mismo lector lea el poema; único, individual, ya que en cada uno de esos lectores, y en cada ocasión que el mismo lector lo relea, se tensará al máximo su espíritu y la entrega recíproca, poema-lector, será nueva e irrepetible.¹

El primer día de clases, de la primera mañana de mi vida universitaria en la Facultad de Filosofía y Letras, conocí, por supuesto, a algunos de mis profesores; la primera clase la impartió Rafael Salinas; esa misma mañana en el mismo salón, Luis Rius Azcoitia impartía Introducción a las investigaciones literarias. Noté que ambos profesores estaban dotados de calidez, propia solamente de los grandes maestros. Salinas demandaba fuerza, calidez y sencillez; Luis Rius vertía la fuerza poética de sí mismo en la palabra pausada, amable, erudita, cálida, también. De Luis Rius aprendí el amor por la obra cervantina, el amor a la poesía, el amor de don Quijote por Dulcinea y, sobre todo, la verdad absoluta de las palabras de Antonio Machado sobre Dulcinea:

Todo amor es fantasía
uno inventa el año, el día,

¹ Luis Rius, *La poesía*. México, ANUIES, 1972.

la amada y la melodía;
 inventa al amante y, más,
 la amada. Contra el amor no prueba nada
 el que la amada no haya existido jamás.

Y todavía creo profundamente en esas palabras que Luis Rius nos puso enfrente.

Desde entonces empecé a caminar sobre cuestiones de filología española, de literatura medieval, de literatura de los Siglos de Oro, de literatura española contemporánea de la mano de mis profesores Luis Rius y Sergio Fernández, quienes estaban completamente empapados de la devoción cervantina. Para ese entonces, ambos profesores habían publicado sobre *El Quijote*.

Luis Rius publicó *Los grandes textos de la literatura española hasta 1700*, pero en la parte sobre Cervantes y su obra, reseñaba, muy brevemente, sobre la primera parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, su popularidad, las reediciones, el primer traductor, la primera edición alemana del *Quijote*, la edición en italiano y las diversas impresiones de cada una de ellas. Pero no llegaba al meollo del asunto. Hasta que en tres líneas expresó, con toda dignidad:

La novela de Cervantes ofrece a la crítica tal riqueza de facetas dignas de análisis, tal variedad de posibilidades interpretativas, que resulta a todas luces superfluo escribir unas páginas más hablando de ella en términos generales. *Prefiero, pues, ceñirme a un solo intento: el de perfilar la imagen de un enigmático personaje de la novela, el más importante después de don Quijote y de Sancho Panza: Dulcinea del Toboso.*

Así, Rius singulariza las apariciones de Dulcinea, en la novela, resume el amor de Don Quijote y prefiere recoger, también, la poetización que se ha dado a lo largo de la historia. Y así nos dice, concreta y felizmente:

Pero al darle don Quijote nombre a su dama, Cervantes creó un personaje estrictamente poético, reuniendo, en uno, dos términos incompatibles, encerrando una abstracción —ésta es Dulcinea— en unos límites concretos —éste son los “del Toboso”— [...] Dulcinea le da validez a ese mundo suyo que el hidalgo se ha creado; cosa que no podrían conseguir por sí solos ni una labradora ni un ideal que no tuviera perfiles materiales dibujados en la esperanza [...] La afirmación de esa ausencia va dibujando cada vez con mayor vigor el perfil poético del personaje.

Y es aquí donde cabe el texto poético de Cervantes en la novela: “Aquí lloró don Quijote / ausencias de Dulcinea”. Respecto a la muerte de don Quijote, Rius nos presenta una posibilidad: “No bien llegado a su lugar, don

Quijote cae enfermo, y un día despierta cuerdo [y expresa] Dadme albricias, buenos señores, de que ya no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno”.

De esta manera, prosigo, tiene que colgar su heroísmo: “Yo fui don Quijote y ahora soy Alonso Quijano el Bueno, que no haya más que ver”. Y se deja morir.

Luis Rius nos da un final no feliz, pues expresa:

su desencanto ha hecho que don Quijote recobre el juicio para arrepentirse de la vida que le había ofrendado, su vida heroica y, por consiguiente, para morir, ya que no le corresponde otra. Llegado a ese extremo: “entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu: quiero decir que murió” [cita de Cervantes].

201

Desde mi punto de vista, don Quijote quebró su heroísmo, es cierto, pero legó a Sancho Panza, es decir, al pueblo español, sus ideales, en las palabras de éste a don Quijote en su lecho de muerte: “No se muera mi señor don Quijote, si no podemos ser caballeros, podemos ser pastores, tal vez detrás de una mata encontraremos a nuestro señora Dulcinea que no haya más que ver”.

Sin embargo, don Quijote no lo acepta. De manera que su heroísmo pasa a Sancho, es decir, al pueblo español, pues es el único que puede desencantarlo. Asimismo, Dulcinea es la España encantada que ha perdido su heroísmo. En efecto, setenta años después de la muerte de Cervantes —expresa Sergio Fernandez— “España fue devorada por propios y extraños”. Así, se termina la dinastía de los Habsburgo y comienza la de los Borbones. De esta manera, sólo el pueblo español habría podido desencantarla.

Algo de Luis Rius, el poeta

Junto al *Quijote*, Luis Rius amó la poesía, tal vez sobre todas las cosas. Por eso nos enseñó a sentir y vivir los versos. Pero no nos llevó de la mano. Nos dejó sentir la lírica pausada en la interioridad de aquella soledad de Antonio Machado; nos puso enfrente a Juan Ramón Jiménez; sufrimos y nos deleitamos con Federico García Lorca y con Miguel Hernández, entre otros. Nos permitió aprender la estilística con los ensayos de Dámaso Alonso; de esa manera buscábamos asiduamente las palabras de Juan de Mairena, de un *Cancionero* apócrifo y *Los complementarios*. Por las clases de la mañana, yo aprendía todo verso que salía de la boca de Luis Rius en la poesía española del siglo XX, y por las clases de la tarde aprendí a conocer “de los siglos oscuros al de oro”. Entonces decidí que le debía a la poesía muchos años, porque el

boom hispanoamericano (en la narrativa) me había jalado hacia su cuna muy afortunadamente. Volví a la poesía y ya no quise desligarme de ella, porque me percaté de que ésa era mi prioridad.

Volví a empezar. *Canciones de amor y sombra*. Otra vez, como lo había hecho antes, Luis Rius, sin habérselo dictado, me llevaba a la poesía, la íntima, la de metáfora tenue, suave y redonda:

En confusos latidos, y turbados,
mi corazón, contigo prisionero,
dolor y gozo siente aparejados,
pues en sólo tu amor temo y espero.
Es mi agonía cruel, como de amante;
que en un mismo suspiro vivo y muero
y nazco y me aniquilo en cada instante.²

202

Nadie habla por boca del poeta, excepto su propia conciencia. A partir de los Siglos de Oro se consolida la visión de que el verdadero poeta no oye otra voz, ni escribe lo que le dicta otro. De esta manera se convierte en un ser humano despierto y dueño de sí mismo. Según Octavio Paz, la inspiración no tiene relación con la facilidad y dificultad; el valor de una obra no se mide por el trabajo que le haya costado al autor.

El decir del poeta se inicia como silencio, esterilidad y sequía. Es una carencia y una sed, antes de ser una plenitud y un acuerdo; y después es una carencia aún mayor, pues el poema se desprende del poeta y deja de pertenecerle. Antes y después del poema no hay nada ni nadie en torno; el poeta está a solas consigo mismo.

Esa soledad que el poeta expresa a través de esos confusos latidos y turbados, ese ser y no saber al mismo tiempo, esa agonía de temer y esperar, en el amor, esa agonía de amante va presionándolo a cada instante. Desde mi punto de vista, ésa es la temática más constante en la poesía del poeta Luis Rius. No hay un gran afán de novedades temáticas, sino un gran deseo de caminar hacia la poesía.

Quiero enfatizar también, con los versos de Luis Rius, la importancia de la serenidad con la que nos inculcó la tradición poética española que tanto lo tentó, esa tradición que nunca deshechó. Así, de la siguiente manera, el poeta siempre quiso responder a esa necesidad. ¿Cómo responde? Veamos un villancico:

² L. Rius, "Lleno de ti; por ti desconsolado", en *Canciones de amor y sombra*. México, Era, 1965, p. 9.

Lloraba el morito.
—¿Por qué lloras, di?
pregunta la anciana
mora emperatriz:
—Mi vida y mis joyas
daría yo por ti.

Lloraba el morito,
luego que lo vio,
vino a consolarlo
su abuelo Almanzor:
—Todo cuanto quieras
te lo daré yo.

Lloraba el morito
y no respondía.
En hebras de plata,
por sus dos mejillas
redondas y tersas
el llanto corría.

Al cabo de un rato
pudo responder:
—Entre los pastores
que van a Belén
a adorar al Niño,
pastor quiero ser;
mas como soy moro,
¿quién me va a querer?

Gritaba la reina
llena de terror
y desvanecida
al suelo cayó
al ver que afilaba,
su alfanje Almanzor.

Rabioso, el rey moro
juró por Alá,
echó la cabeza
del niño hacia atrás,
y de un solo tajo
la hizo rodar.

El Niño Jesús
no podía dormir:
cantar y bailar,
brincar y reír;
pastores y ángeles
estaban ahí.

También el morito,
que entraba y salía
batiendo sus alas
loco de alegría.
Todos le miraban
y el sonreía.

Pastores y ángeles
cantaban: Gabriel
tocaba la flauta;
el tambor, Miguel;
y el morito ángel
tocaba el rabel.³

204

En 1965, un grupo de alumnos fuimos preparados por la UNAM para incorporararnos a la docencia. De nueva cuenta, Luis Rius, Rafael Salinas, Ermilo Abreu Gómez, y otros, fueron algunos de nuestros maestros. De nueva cuenta volvimos a repasar cuidadosamente la poesía desde las jarchas, los cancioneros, los villancicos, los cantares de gesta, el siglo XV y los Siglos de Oro, el *Quijote*, el neoclasicismo, el romanticismo, los siglos XIX y XX. El doctor Luis Rius se encargó de nueva cuenta de recuperar, para nosotros, todos esos temas y, sobre todo, la posibilidad de lidiar con la poesía. De ahí que los temas poéticos volvieron a desenterrarse. Y ahí nos dimos cuenta de que no había que desenterrarlos porque nunca habían sido enterrados, ni olvidados gracias a la pluma de algunos poetas del siglo XX, entre ellos la pluma poética de Luis Rius, y cuánto nos decía en esos poemas, y cuánta calidad poética se reflejaba en esos tenues versos.

De esta manera, Luis Rius ha sido un poeta, un caballero, un profesor, un enamorado del amor, de la poesía, del trabajo académico, del cante hondo, “de un especial ritmo: sobrio, pausado, melancólico”. ¡Qué buen caballero era!

“Nunca perdió su intuición poética”, expresó alguna vez Arturo Souto, su leal amigo y a quien debemos esta estancia, estas remembranzas en estos días y tardes de recuerdos en nuestra Facultad. No quiero terminar esta charla sin

³ L. Rius, “Villancico del niño moro”, en *ibid.*, pp. 78-80.

Luis Rius: *algunos recuerdos inolvidables, solamente*

leer el siguiente texto poético del libro *Canciones de amor y sombra*, de Luis Rius Azcoitia:

Luis, como yo;
mi niño, hijo pequeño,
te llamé como yo
y te llamarás siempre
así, Luis, como yo
siempre me llamaré.
Pero tú, serás tú,
ya lo has sido desde el primer momento.
Y por serlo, no importa
lo que hagas, lo que pienses,
por solamente ser tú. Luis, ya eres
para mí/ más que yo,
más que mi mismo nombre.⁴

205

⁴ L. Rius, "A mi hijo", en *ibid.*, p. 63.